

ciendo los de Centelles y Corbera, con los pocos buenos que no le desamparaban sostuvo todo el peso y furia de la pelea, y alargó cuanto pudo su total desgracia. El número al cabo venció al valor: derribado del caballo, mal herido, desmayado, un soldado aragonés le cortó la cabeza; ¡triste y horrendo fin para el cuñado de D. Pedro, hijo de D. Fernando, biznieto del *Conquistador!*

Fué D. Jaime III de Mallorca bueno, abierto y demasiadamente confiado; muy dado á la etiqueta y á los usos caballerescos, versado en los libros sagrados, no ignorante del derecho, y buen escritor latino para la época: mas á todas estas cualidades no acompañaron el tacto político, ni la sagacidad y destreza que

flota enemiga que se dirigían sobre la ciudad, condoliéndose con el rey de Aragón de no haber podido disponer de más fuerzas para aniquilar aquella.

En esto aportó aquí, de paso para Cerdeña, Riembaldo de Corbera con una nave cargada de gente de pie y caballería, con la cual formando una división Gilaberto y reservándose el mando de la restante hueste, salieron el viernes 23 por la mañana, dejando la capital bien guarnecida y al abrigo de la escuadra, en busca del adversario. Había pasado de noche y con gran lluvia de Inca á Sineu el infeliz príncipe, y de Sineu por Porreras á Lluçmajor, donde pernoctó el sábado, median-do apenas una legua entre ambos ejércitos. Á la mañana del domingo 25 desplegaronse uno y otro en dos alas, embistiendo vigorosamente Corbera con la vanguardia y haciendo otro tanto con sus escuadrones Centelles, cuyo relato no da más pormenores sino que Jaime fué vencido y muerto con Pagano portador de la bandera y con gran número de caballeros é infantes, y que él persiguió á los fugitivos una legua larga en dirección á la costa, hallando á su vuelta prisioneros á D.<sup>a</sup> Violante y á la infanta Isabel y al infante, muchacho de once años, herido en el rostro con espada. Los vencedores, que no perdieron sino cuatro jinetes y diez peones con quince caballos, durmieron en Lluçmajor, y al día siguiente entraron en la ciudad acogidos con procesiones y gran regocijo. En seguida pidió el gobernador instrucciones al rey D. Pedro acerca de lo que había de hacer de la viuda y de los hijos presos en el castillo de Bellver, y del cuerpo del monarca depositado en la iglesia de Lluçmajor, insinuando la idea *que'l pogués hom soterrar á la Seu honradament, que vuy mes no pot fer mal ne be*; consejo que no fué escuchado por el receloso monarca, que exigió fuese trasladado á Valencia el cadáver y sepultado, según Zurita, en el coro de aquella catedral. También se le consultó acerca del destino de los restantes prisioneros, *ço es dels strangers, car d'aquests qui eran d'aquesta terra entén á fer aquella justícia que mereixen*. Tardándose la respuesta, sometió Centelles á los hombres de á pie y á las hembras que con la expedición habían venido, á cinco años de servicio, tasándolo por sí ó por los procuradores reales en la cantidad que le pareciese, á lo cual se opusieron con apelación los jurados. No bajan de veinticuatro estas cartas, indispensables para rehacer la historia, y algunas irán entre los apéndices añadidos al fin de esta primera parte.

su posición requería. En tiempos pacíficos y libre de contrarios ambiciosos, aquellas nobles prendas suyas hubieranle granjeado gran renombre entre los príncipes ilustres por las letras: ahora ni supo prever ni conjurar con tiempo la tormenta, ni calcular cuánto daban de sí su situación y sus fuerzas, ni ceder con oportunidad disimuladamente. La desventura no le desamparó desde sus más tiernos años, y de su propia sangre recibió los golpes más rudos. Tuvo por contrario á un monarca tan suspicaz como profundo, tan artero y disimulado como activo; hasta en la excelencia de la educación hubo de rivalizar con D. Pedro, y quizás no fué ésta la menor causa del aborrecimiento que el aragonés le profesó: la envidia literaria es siempre la más quisquillosa, y en un mal corazón la que últimamente se extingue. Por esto al despojarle del cetro, su rival, no menos ceremonioso, quiso despojarle de su gloria; y las *ordenaciones* de la casa real, publicadas en catalán por D. Pedro como propias, cuando en su mayor parte no eran sino traducción de las que en latín escribió D. Jaime, serán un testimonio duradero de cuánto deslumbra la gloria de las letras, ya que reyes célebres por otros títulos no han dudado por conseguirla recurrir á un mezquino plagio. Al fin murió como buen caballero y príncipe de la sangre aragonesa, defendiendo con las armas su corona; y su cadáver fué llevado á enterrar en Valencia.

La estrella fatal, que había influido en la casa mallorquina desde sus principios, también la acompañaba cuando iba á desaparecer para siempre. Preso en Lluçmajor D. Jaime IV, hijo del difunto, primeramente fué encerrado en la fortaleza de Játiva, y después en el castillo Nuevo de Barcelona (1) se le puso en prisión la más bárbara y dura. Tenían cargo de su persona algunos validos de la corte, que se mudaban cada semana: de día

(1) Inmediato al Call, donde aún subsisten sus ruinas sobre restos de fortificación romana.



los guardas no se apartaban de él un punto, y de noche tenía su cama dentro de una gran jaula de hierro, puesta en la cámara donde dormía el que entonces era alcaide. Más de doce años gimió en cruel encierro, sin que las instancias de la Santa Sede fuesen parte para doblegar la feroz condición de D. Pedro; y al fin los amigos de la casa mallorquina hubieron de apelar á la violencia.

Fué cabeza de la conspiración Jaime de Santcliment, capiscol de la catedral barcelonesa, el cual, sobornados varios de los guardas del castillo Nuevo, logró sacar llaves falsas, y con ellas entraron él y sus compañeros en el fuerte la noche del 1.º de Mayo de 1362. Sorprendieron y mataron en su propia cama á Nicolás Rovira, que aquella semana era el alcaide encargado de la custodia del preso; y sacaron de la jaula á don Jaime, que al punto se salió de Cataluña, y fué á refugiarse á Nápoles (a).

La fortuna, al parecer, se trocaba á favor del de Mallorca, y aun se dijera que las circunstancias se iban combinando de modo que el fugitivo pudiese hacer valer con las armas sus derechos. Viuda á poco la reina de Nápoles, aficionóse á su deudo D. Jaime, y dándole su mano y con ella la participación del poder, le puso en estado de ejecutar su venganza (b); á tiempo

(a) En prueba de la alarma producida en Mallorca por la fuga del infante, publicamos en su lugar correspondiente la respuesta por los jurados dada al parte de los consejeros de Barcelona, y las prevenciones tomadas de acuerdo con el gobernador Bernardo de Thous para que no se verifique en la isla un desembarco ó un alzamiento á favor del pretendiente. Consta, además, por noticias sacadas del archivo del real Patrimonio, que en 31 de Mayo recibieron Pedro Conangrell y Juan Umberí la comisión de visitar las escoltas y atalayas colocadas al rededor de la isla, y apereibir á la defensa sus puertos, y que el gobernador en persona pasó á Santanyí con motivo de hallarse en Calafiguera cuatro galeras castellanas, á bordo de las cuales decíase que iba el infante de Mallorca.

(b) Por quién y cómo y dónde se agenció este tercer enlace de Juana, celebrado en Nápoles día de Pentecostés (21 de Mayo de 1363), no consta con seguridad; lo que se sabe es que, á pesar de la intervención del papa Urbano V en el arreglo de los capítulos matrimoniales, dejó de obtener el infante de Mallorca, no sólo

que, más que nunca encendida la guerra con Castilla y Navarra, llenas de gente desmandada las fronteras de la Francia, andaba el de Aragón sobremanera receloso de que los roselloneses apellidasen á D. Jaime. Pero aquel era el postrer resplandor que antes de morir lanzaba el astro de la casa mallorquina. Con una imprevisión y desacuerdo inexplicables, no se favoreció D. Jaime IV de tan propicia coyuntura; y con su inacción dió lugar á que la Francia, en la cual, como en la más vecina y poderosa y enemiga del nombre catalán, había de poner su esperanza, se relacionase y concertara con D. Pedro, y tuviese que agradecerle el alistamiento que de la gente desmandada ó compañías de malandrines hizo el aragonés para auxiliar á D. Enrique de Trastamara.

Su flaqueza, empero, debió de refrenarle mal de su grado; y sólo cuando D. Pedro de Castilla, echado antes de su reino por su hermano D. Enrique, en 1367 volvió por Navarra con grande hueste de bretones é ingleses, se decidió D. Jaime á entrar junto con él en campaña: inconsiderada resolución la de hacerse instrumento de la venganza ajena, que fué causa de frustrarse sus intentos. Porque, lo mismo que en tiempo de su bisabuelo Jaime II, Francia y Aragón celebraban tratados sin tenerle en cuenta; derrotado el de Trastamara, ahora los dos Pedros de Aragón y de Castilla trataron de componer sus diferencias,

toda *participación del poder*, sino hasta el título de rey, habiendo de contentarse con el de duque de Calabria. Á impotencia pues, más que á *inacción y desacuerdo*, debe atribuirse la forzada quietud que al lado de su esposa guardó durante cuatro años el infante, hasta que á principios de 1367 pudo penetrar en España con D. Pedro de Castilla bajo la protección del *Príncipe negro* Eduardo de Inglaterra, en cuyos brazos le lanzó su antagonismo con Francia, estrechamente aliada entonces con Pedro de Aragón y con Enrique de Trastamara. En la batalla de Nájera, dada en 3 de Abril, peleó en unión con los vencedores; pero, sorprendido en Burgos seis meses después por la inesperada vuelta de Trastamara, pasó á ser prisionero de D. Felipe de Castro, ricohombre aragonés y cuñado del pretendiente de Castilla, puesto antes bajo su custodia. Del castillo de Burgos fué trasladado Jaime al de Curiel sobre el río Duero, donde sufrió más de dos años de encierro, interin se decidía entre D. Pedro y D. Enrique la fratricida contienda.



y al cabo firmaron treguas, sin hacer en la suerte del mallorquín ninguna mudanza.

Para colmo de infortunio, el de Trastámara, cuando todos le creían perdido, con ayuda de la Francia puso en pie un fuerte ejército; entró segunda vez en Castilla, sorprendió en Burgos á D. Jaime, y delante de Montiel se ciñó la corona manchada con la sangre de su hermano (1369). La reina de Nápoles hubo, pues, de rescatar en setenta mil doblas á su marido, el cual, luego que pudo, hecho también instrumento de D. Enrique y á costas de éste, comenzó á juntar gente para ir sobre los condados de Rosellón y Cerdeña (a). Estaban las cosas de D. Pedro en grande aprieto: Cerdeña combatida por genoveses, Aragón amenazado por Castilla, y Rosellón á punto de ser invadido por el de Mallorca. Mas *el Ceremonioso*, siempre previsor y activo, guarneció fuertemente las plazas y fronteras, y puso en todo tan buen recaudo, que infundió temor y respeto á sus contrarios. Incitado y favorecido por D. Enrique y el francés, D. Jaime IV entró con su hermana D.<sup>a</sup> Isabel en Rosellón, á principios de Agosto de aquel año 1374, al frente de grandes fuerzas. Pero nada de provecho hizo: halló cerrado el paso de Panizas, entró por la Seo de Urgel, cruzó parte de Aragón; y tras una campaña sin gloria se recogió á Castilla, y repartida su gente por las tierras rayanas, falleció en Soria el año de 1375 (b). Con él acabó la línea masculina de los reyes

(a) Libre al fin de su prisión, pasó el hijo de Jaime III por Montpellier el 16 de Abril de 1370, como refiere el *Thalamus* ó cronicón de la ciudad, y desde este día hasta la tentativa de 1374 ignórase á punto fijo los actos y hasta el domicilio del errante príncipe: lo que parece cierto es que no volvió á Nápoles. Acaso residió algún tiempo en la corte pontificia de Aviñón, acaso en Montferrat al lado del marqués Juan Paleólogo, retoño de la imperial estirpe de Constantinopla, casado con Isabel hermana del infante y metido en continuas guerras con los Visconti de Milán. Con probabilidades de novela, aunque diligentemente calcadas sobre datos históricos, probé de llenar este vacío, al continuar *el Infante de Mallorca* de mi amigo Tomás Aguiló.

(b) Á esta opinión general de los cronistas é historiadores castellanos, que ni

de Mallorca; y únicamente ahora, por cumplirse la condición prefijada en el testamento de D. Jaime *el Conquistador*, con toda justicia se unía la corona de las Baleares á la aragonesa.

Fatal fué esa unión á Mallorca. En el seno de la paz, los

con documentos ni con vestigios puede ya comprobarse, toda vez que ha desaparecido en Soria la antigua iglesia de Franciscanos donde se decía hallarse enterrado el infante, se contraponen con viso de decisivas las gravísimas palabras de Pedro IV en su crónica: «*isque per la via de la vall d'Aran, e encontinent mori ab herbada que li fou dada.*» Excusado parece exigir otra prueba que la confesión del más que probable reo. En la citada novela me esfuercé en conciliar, mediante la traslación del cadáver, ambas versiones.

Respecto al derecho de su hermana Isabel á la corona de las Baleares, no acierto cuál pudo ser, una vez extinguida, como observa muy bien el autor, la línea masculina de los reyes de Mallorca, ni que se le exigiese la renuncia de él antes de salir del reino de su tío, donde había experimentado mejor trato que el infante. Doncella de 16 á 18 años, fué con beneplácito y mediación tal vez del rey de Aragón, visitando de paso en Montpellier el sepulcro de su madre, á desposarse con Juan Paleólogo marqués de Montferrat, á quien hizo padre de cuatro varones y una hembra, pues de Cecilia de Cominges su primera consorte no tenía sucesión. Fallecido el marqués en Marzo de 1371, no fué Isabel la encargada de la regencia de su primogénito Otón, por otro nombre *Secondotto*, sino Otón de Brunswick, que pasó más adelante por muerte de Jaime á ser el cuarto marido de la reina Juana de Nápoles. La infanta viuda dió á su hermano singulares muestras de adhesión hasta entonces no manifestadas, acompañándole en su aventurada empresa, y retirándose, después de frustrada ésta, desde Soria hasta la frontera al frente de las compañías bretonas y provenzales; pero sus ilusorios derechos, destruidos por el testamento del rey conquistador, dado que no los hubiera ya renunciado, no los transfirió á ninguno de sus hijos, sino que los vendió desde luego, no se sabe en cuánto, al ambicioso Luis duque de Anjou, que andaba ya á la pretensión de otra más insigne corona, haciéndose adoptar por la reina Juana. Pero, si las legítimas demandas de la propia y natural dinastía habían tenido tan poca eficacia en 1349 y en 1374 para despertar la lealtad y el entusiasmo de los mallorquines y secundar proyectos de restauración, ¿qué acogida habían de encontrar las temerarias y absurdas de un comprador extranjero? Pudieron en 1376 suscitar alarmas, y hasta suministrar materia al preámbulo de las cortes de Monzón los aprestos del de Anjou para hacerlas efectivas; pero sirvieron quizá, más que de otra cosa, de pretexto á los gobernantes para mejor explotar y dominar el reino nuevamente incorporado. Isabel de Mallorca no volvió más á Montferrat, ni en vida de su hijo Otón que acabó en 1378, ni en la de sus otros hijos, Juan III y Teodoro II, sucesores en la soberanía de aquel estado; la madre no reaparece sino en Aleth, á la raya del Rosellón, casada en segundas nupcias, según documentos por Tourtoulon citados, con un Conrado de Reischach caballero alemán, de quien todavía tuvo un hijo llamado Miguel, matrimonio que resulta se mantuvo secreto; no habiendo querido la infanta seguir á Alemania á su marido, para que no sufriesen perjuicio las negociaciones, ignoro cuáles, que tenía á la sazón entabladas con su tío el rey de Aragón.



labradores bendecían antes la memoria del benéfico D. Jaime II; y escala de todas las naciones levantinas en su comercio con las costas africanas, la isla se había engrandecido por un activo tráfico. La abundancia y el contentamiento reinaban en ella: prosperaban las artes; las letras se envanecían con el nombre de Raimundo Lulio; y la arquitectura levantaba en su capital los edificios que atestiguaban su riqueza. La dominación aragonesa vino á turbar tan feliz estado; y ya en los principios de la usurpación, el rigor de las causas naturales fué como un vaticinio de la desgracia futura. En 1348 la peste se encruceció en ella, y le arrebató gran parte de sus moradores. La importancia de su situación no se ocultó á D. Pedro el Ceremonioso; y hecha uno de los tres departamentos navales de la corona, su astillero contribuyó poderosamente á la prepotencia marítima de Aragón.

Sus galeras pelearon al lado de las catalanas en cuantas batallas hicieron entonces famosa nuestra marina; las aguas de Constantinopla y de Cerdeña fueron teatro de la intrepidez de su gente de mar; y las costas africanas lloraron el rigor y fortaleza de sus armas. Compró, empero, esta gloria con su empobrecimiento, que era superior á sus fuerzas el mantener tantas escuadras; y como las guerras se sucedieron casi sin interrupción en el reinado del Ceremonioso, hubo de contribuir á sostenerlas con frecuentes y cuantiosos donativos. La pérdida de embarcaciones en combates ó por temporales hirió gravemente su marina; la precisión de anticipar donativos y costear armamentos fué arruinando su riqueza, y trajo la necesidad de empeñar todos los réditos y arbitrios públicos; los impuestos, las exacciones y la despoblación redujeron la agricultura á la mayor miseria; y tras ella vinieron las feroces revueltas de los campesinos. Así ya decadente su comercio, vino á tierra el primero, cuando el descubrimiento del Nuevo Mundo redujo á la nada tantas potencias marítimas del Mediterráneo, y en España hizo centro de la contratación á las plazas de allende el estrecho.

Mas esto cae debajo del dominio de la Historia general de Aragón, al cual permanecieron incorporadas las Baleares: la particular de Mallorca, que hemos bosquejado, acaba en la muerte del postrer descendiente de D. Jaime II.

